

**Tadeusz  
Krónski:**

**El fascismo  
y la  
tradición  
europea**





Hubo guerras y ocurrieron cosas terribles también antes, cuando los hombres eran sinceramente patriotas y creían sinceramente en sus ideales. Los países débiles eran invadidos y se consumaban infames anexiones y repartos. La crueldad no es un invento de ayer. Existió siempre y acaso no hay en la historia un punto que señale un notable decrecimiento de ella. Pero entre la crueldad fascista y la crueldad no fascista hay una enorme distancia. El hombre cruel o grupo de hombres cruels eran antes condenados por la opinión pública. Es verdad que a veces se consideraba la crueldad de la guerra o de la revolución como un "mal necesario" y con aire melancólico se agregaba "en la guerra como en la guerra". Pero en principio nadie alababa ni glorificaba la crueldad. También es cierto que con frecuencia se recurría a la crueldad de manera plenamente consciente, pero antes se buscaba alguna justificación y a quienes se indignaban por los actos de crueldad no se los tenía por elementos nocivos para la causa nacional. La Revolución Francesa no perdió, pese al terror impetuoso, su contenido profundamente humanista. El terror causaba, en realidad, un creciente número de víctimas, mas era considerado de antemano como un fenómeno transitorio. El terror fue concebido para que en lo posterior jamás existiese. Pero el terror fascista es de un género completamente distinto. No es un mal necesario ni se produce para que después no exista. En general, no es concebido como un mal, ya que las categorías morales no entran en la problemática fascista. El terror es aquí una cosa normal y lamentarse de él o mostrar compasión a sus víctimas no es considerado por los fascistas como algo positivo. Todo lo contrario. La compasión es para el fascismo un signo de debilidad, estupidez o incompreensión (aquí tenemos otra de las palabras preferidas del fascismo que constituye casi una clave para entrar en la problemática de los tiempos nuevos). De ahí que no haya razón para remitirse a la crueldad de los tiempos anteriores. El Medioevo, con sus hogueras para exterminar a miles de herejes, judíos y brujas, fue inquestionablemente, según nuestras concepciones humanistas, un periodo cruel. Pero al hablar de su crueldad conviene siempre recordar el fin al que estaba consagrada: *ad maiorem Dei gloriam*. Se realizaba, pues, por amor a un Dios común a todos los hombres, inclusive los perseguidos herejes. No se negaba a los condenados los auxilios de la religión. Se les daba a besar la cruz. Se creía que el fuego terrenal que debía consumirlos había de salvarlos del fuego eterno. Cuando Juan Hus era llevado a la muerte en la hoguera se le preguntó si quería confesarse... El sacerdote Ulryk Schorand se acercó a Hus y le dijo: Querido Señor y Maestro, si queréis renunciar a la incredulidad y herejía, a causa de las cuales debéis sufrir, gustoso recibiré vuestra confesión. (De las Crónicas de Ulryk de Richental). No importa aquí lo que en verdad sentían aquellos celosos guardianes de la religión al realizar sus actos; lo que importa es su intención y la motivación objetiva, y ésta era precisamente tal como la hemos presentado.

Aun en los momentos más tenebrosos de la historia, cuando se podía pensar que los sentimientos humanistas habían desaparecido irremediamente del corazón humano, el hacha del verdugo caía sobre cabezas humanas en nombre de ciertos valores. En nombre de ciertos valores se sembraba la muerte entre los infieles. Miles de sarracenos perecieron horriblemente asesinados después de la conquista de Jerusalén para "regocijo de Cristo". Pero Cristo era concebido como Señor también de los enemigos de la Iglesia. Centenares de sospechosos de realismo o de traición al pueblo fueron asesinados de manera terrible en las prisiones de París durante unos pocos días del mes de septiembre de 1792. Pero también aquí se cometió una matanza en nombre de ciertos valores, en nombre de la libertad del hombre, idea que en principio debía abarcar también a los infortunados presos condenados a perder a manos de la multitud enfurecida. Durante el Medioevo los judíos eran encerrados en ghettos y con frecuencia — sobre todo en Alemania — eran objeto de sangrientas persecuciones en masa. Mas la Santa Iglesia Católica continuaba orando por ellos y, una vez al año, unos cuantos judíos eran conducidos a la iglesia para que pudieran escuchar la palabra del Señor y llevarla a los demás. Cuando en la historia cayó el hacha del verdugo, se encendieron las hogueras y se paró la tortura, en ningún lugar *el hombre como tal* fue ultrajado y asesinado, porque las ideas que imponían la muerte no estuvieron dirigidas contra él. Perseguidos fueron el hereje, el católico, el realista y el republicano, el reaccionario y el librepensador, mas no *el hombre*. Pues la humanidad se ha desangrado con las persecuciones no por otra razón que la de "salvar" al hombre. Que la "salvación" ha sido comprendida de muy diversa manera y que hay un abismo entre un tribunal de la Inquisición y un tribunal revolucionario, eso es otra cosa. Es evidente que otro sentimiento que sea el odio no puede existir entre el campo católico y el laico, entre el campo reaccionario y el progresista. Así y así tiene que ser, sea cualquiera la forma en que se ven estos campos y comoquiera que se denominen. Hay que venir con el hecho de que es imposible someter a la humanidad por toda la eternidad a una sola concepción. Ese odio no se refiere al hombre. Por el contrario, es manifestación de amor a él. Cuando la Inquisición manda a la hoguera, ella desea salvar el alma de ese hombre y de otros hombres. El tribunal revolucionario al condenar a los reaccionarios desea con ello también salvar a los hombres. Ambos tribunales tienen fe en el hombre y ambos accionan directa o indirectamente, el *principium individui humani* como principio supremo de la vida.

La lucha sincera exige la convicción de que la doctrina que se defiende es verdadera. Esta convicción es en la lucha elemento que libra el alma del contrario del pecado de la ceder. El hombre o grupo de hombres que no cree en la ver-



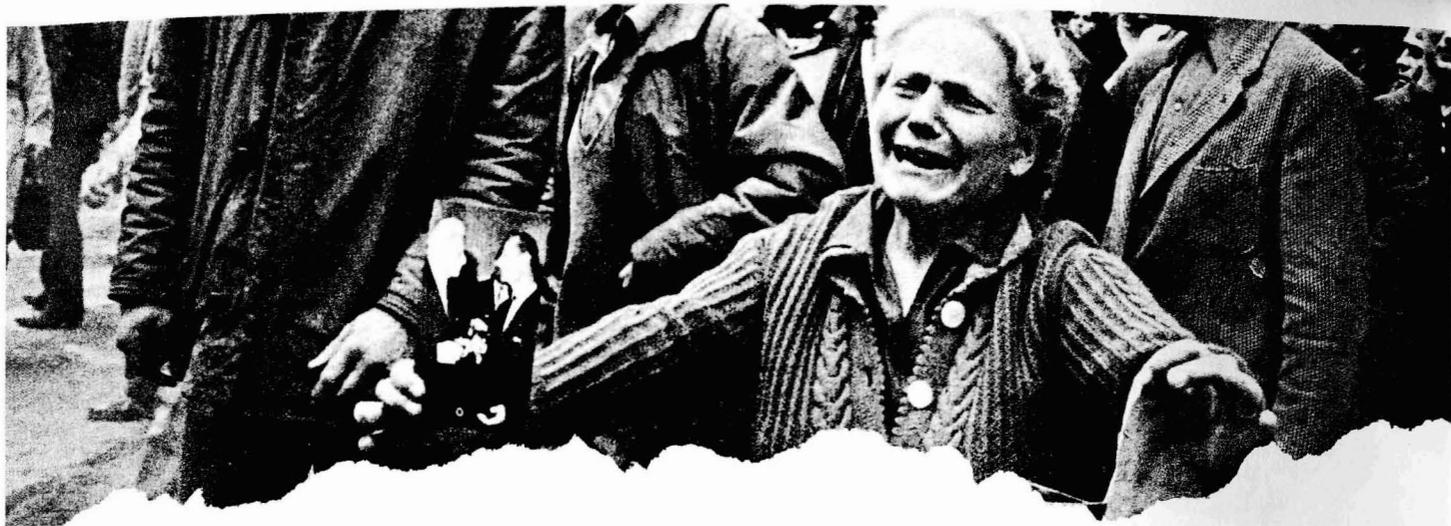
de su doctrina y que a pesar de esto realiza actos de terror, se aparta por sí mismo de la tradición europea, pues deja de actuar como factor positivo y se convierte en una fuerza criminal o enloquecida. No pasó a la historia —ya que no podía ser de otra manera— el loco de Eróstrato, incendiario del templo de Artemisa en Efeso. Ninguna historia de Europa puede situarlo en una determinada época o en un determinado contexto de la historia. Deambula perpetuamente, lo mismo que sus pocos imitadores (como el anónimo personaje que para conquistar celebridad rompió aquel magnífico jarrón del Museo Británico), en una soledad sin tiempo, sin espacio y sin tradición.

La verdad, aparte de los complicados problemas de la metafísica, la epistemología, etc., tiene este momento para nosotros otro aspecto mucho más accesible y más importante. La verdad

no puede referirse a valores convertidos en absolutos, tales como una razón de Estado o un interés nacional absolutos. Puede existir una verdad del cristianismo o una verdad del campo laico y progresista, pero no puede haber una verdad italiana o española. Y no porque sea imposible establecer que le asiste alguna “razón” a una u otra nación tratándose, por ejemplo, de un territorio en litigio. Si bien estos problemas son difíciles, nadie ha dicho que no puedan ser resueltos por lo menos desde un determinado punto de vista. Pero el hombre que interviene activamente en defensa de la patria no lo hace tan sólo por amor a ella, sino también porque en él se halla ofendido el sentido de justicia. Está, por ejemplo, persuadido de que el territorio que el enemigo quiere arrebatárle hay que defenderlo por cuanto las pretensiones del contrario carecen de fundamento, son injustas y están en desacuerdo con la verdad. Pero esta verdad no es una verdad nacional, sino universal. César Augusto al extender los límites del Imperio Romano creía que la conquista de los pueblos bárbaros era no sólo necesaria para afianzar el poderío y la seguridad de Roma, sino que además era o sería posteriormente una bendición para los propios bárbaros.

La problemática de la lucha por la verdad puede existir únicamente cuando se afirma la existencia del hombre, capaz de sentir esa verdad y de nutrirse de sus vivificantes frutos. Este hombre puede pertenecer a diversas épocas y naciones, lo que no excluye que a él, individuo humano, se apele como juez en la cuestión de la verdad. Sólo de él se trata y a él hay que convencer. Ni el español ni el italiano pueden como tales juzgar sobre la verdad y la mentira, pero sí lo pueden como hombres. Cuán nocivo y criminal es aquello de que pueda existir alguna esfera, alguna verdad, que no se refiera y no apele directamente al hombre, al individuo humano; por ejemplo: una política y una verdad política, es decir, una razón de Estado, que tenga como sujeto y objeto suyo no al hombre, sino una entidad de rango superior, llámese Estado o nación. Explica esto Protágoras en el diálogo de Platón, sirviéndose del bellísimo mito sobre la creación del hombre. Cuenta él que cuando los dioses hicieron de tierra y fuego los primeros seres vivientes y los sacaron a la luz del día, impusieron a los hermanos Epimeteo y Prometeo el deber de cuidarlos y prepararlos para la vida. El primero en poner manos a la obra fue Epimeteo. Se ocupó de los animales, les repartió agilidad y fuerza, a unos les dotó de peluda piel que les protegiese del frío, a otros los armó de garras y colmillos, a unos terceros les dio alas, a todos les enseñó a procurarse de alimentos. Pero se olvidó de los hombres. Desnudo, indefenso, falto de habilidad, el hombre despertó el amor y la piedad de Prometeo quien robó para él, de Hefaistos y Atenas el fuego y la sabiduría para hacer toda clase de instrumentos. Así provisto, el hombre pudo ya vivir cómodamente, construyó casas para sí mismo y templos para los dioses. Mas toda la sabiduría necesaria para existir no podía remplazar a esa sa-





biduría que sólo era posible recibirla de Zeus: la sabiduría política. Sin esa política proveniente del Padre de los Dioses, estaba el hombre condenado a la vida solitaria, sin ella no podía convivir con los demás ni asociarse para la defensa común. Intentó fundar ciudades y Estados, mas éstos tenían vida efímera. Zeus, temiendo entonces que el género humano desapareciera, decidió hacerle poseedor de los secretos del arte de la política. ¿Qué era esa política que Zeus había ocultado tan celosamente? Ella se componía de dos elementos: la ética y la ley. "Llamó Zeus a Hermes y lo envió a los hombres con el encargo de llevarles la ética y la ley. Que ellas sirvan de ornamento de los Estados y de lazo de unión y amistad entre los hombres. Hermes preguntó a Zeus de qué manera debía dar a los hombres la ética y la ley. ¿Debía repartirlas entre los hombres del mismo modo que habían sido distribuidas otras artes? Los otros conocimientos fueron repartidos haciendo que un hombre poseedor de la sabiduría médica sea útil a los que no la tuviesen; otros hombres, los artesanos y especialistas, sirven también a los demás con sus artes y ciencias.

¿Tengo que darles la ética y la ley a los hombres de esta misma manera, o debo entregárselas a todos? A todos —sentenció Zeus—. Que todos entren en posesión de ellas. Pues no podrían surgir y existir los Estados si sólo unos pocos han de participar de la sabiduría política, siguiendo el ejemplo de que sólo unos pocos son especialistas en las diferentes artes y ciencias. Y transmitirás esta orden mía: a todo aquel que no sepa participar de la ética y la ley, matarlo como a enfermedad del Estado" (Platón, Protágoras). Así, pues, no a las naciones o Estados, sino a los hombres, a todos los hombres individualmente, dio Zeus su política, pues sólo el hombre político, es decir, justo y observador de la moral, crea la posibilidad de existencia de la nación, Estado y cada asociación humana, aun la más compleja. "El hombre es la medida de todas las cosas." Justamente el hombre y sólo el hombre. Esa célebre frase no puede ser interpretada con un sentido relativo, como que el hombre en que pensaba Protágoras pudiese considerar una misma cosa hoy como buena y mañana como mala, ateniéndose al capricho o interés del momento. Lo acertado de esa frase no reside en el relativismo, sino en la afirmación de que tan sólo el hombre puede juzgar sobre la verdad y la falsedad, sobre la existencia o no existencia de los asuntos de este mundo. Sólo él posee raciocinio, gracias al cual está en capacidad de colocarse sobre sus propios intereses y encontrar el camino apropiado de la verdad. Pero el fascismo, haciendo absolutos ciertos valores, quitó al hombre del puesto que le corresponde: el hombre no ha de ser ya objeto de preocupación y solicitud, y no para él han de realizarse las revoluciones y transformaciones. Para el fascismo, la medida no es el hombre, sino un valor hecho absoluto: el Estado, la nación, la raza, el trabajo, la vida. Este destronamiento del hombre, que es destronamiento de la razón o espíritu, acaba con la verdad o la fe en

la verdad, aquella *instantia crucis* de la conducta europea. La verdad no sólo que es relegada a otro plano, sino que en general es considerada como una "abstracción anémica". Alfred Rosenberg cuando combate en su libro las concepciones opuestas al nacionalsocialismo, lo hace "no porque sean «falsas» o «malas», sino porque son extrañas a la raza y destruyen la constitución de nuestro ser". Confundiendo de manera premeditada y desleal el problema de la verdad como lo veía o lo ve el kantismo popular e ingenuo, con la cuestión de la aspiración a la verdad como única justificación de la actividad humana, Rosenberg afirma que "aun si la ansiada verdad absoluta nos fuese proclamada, no seríamos capaces de captarla ni comprenderla, por cuanto siempre tendría que ser ella sin tiempo, sin espacio y sin causa". A la verdad en su única y además tradicional significación, Rosenberg contrapone la "verdad orgánica", "la cual se deja interpretar según su utilidad para la vida". Y así tenemos que esta "vida" es un valor absoluto. Mas la sola existencia de la "vida" con abstracción de los seres vivientes es algo imposible de demostrar. Pero la esencia del fascismo precisamente consiste, entre otras cosas, en que el individuo humano, cuya facultad de raciocinar ha sido descalificada, no debe comprender nada en el sentido tradicional, sino más bien "comprender" desde el punto de vista de valores absolutos establecidos de antemano. Uno de estos valores es justamente la "vida", y la incomprensión de esta sería, en opinión, por ejemplo, de F. Klages, filósofo muy cercano a las concepciones del nacionalsocialismo, una prueba de que un individuo dado se halla completamente dominado por el "espíritu", pues éste precisamente quiere todo "comprender", y ha perdido el "alma", la capacidad de comprenderse y de poseer cierta intuición misteriosa.

A la luz de esto se hace bastante perceptible la diferencia entre la crueldad tradicional y la fascista. La verdad es negada por el fascismo; en su lugar aparece un valor absoluto que no sirve al hombre, sino a sí mismo. No fue en nombre de la libertad ni de ninguna verdad humana o preocupación por el hombre que habían de llenarse los calabozos de las cárceles alemanas e italianas, y que el pavoroso y desconsolado llanto de esta vez de seguro implorando al cielo la venganza, había de extenderse por todas las ciudades y aldeas dominadas por el fascismo, sin que importara para el caso su condición de vencedor y enemigo o de producto del "pensamiento" de la nación propia. ¿En nombre de qué? Podría parecer que en nombre de la nación, la raza, el Estado o la vida, es decir, en nombre de productos "superiores" al hombre. El lector comprende bien que esta superioridad no pasa de ser aparente, que la nación o la vida absolutas no existen, y que estos valores, como horribles fantasmas sentimentales, tienen que ir entre comillas. Como sigamos examinando estos valores, más claro se verá que todo lo que la demagogia sensiblera presenta como superior a nosotros desaparece y se transforma en





propia contradicción. La "nación" que aspira a potencia marcha hacia la ruina y deja de existir; el "Estado" degenera en la anarquía; la "raza" se vuelve enana primero desde el punto de vista espiritual y luego físico; la "política demográfica" no se pone al servicio del bien general, sino de sí misma, es decir, conduce a la formación de un enorme establecimiento de prostitución; el "bien social" conduce a la guerra de todos contra todos, etc. Esto es cierto y de otro modo no podría ser. Quienquiera que se aparte del hombre y de la verdad sólo con él vinculada, se marchita y perece. En cuanto a esto existe pleno entendimiento, entre el conservador y el francmasón, entre el patriota y el cosmopolita pacifista. En esto consiste precisamente esa especie de *Treuga Dei* concluida como necesidad en presencia de un enemigo que la historia jamás ha registrado, de un enemigo que quiere destruir todo.

La eliminación del hombre como fin último de la historia y la sustitución del mismo por un valor absoluto tienen que dar como resultado el abandono de todo humanitarismo. El humanitarismo, sea del género sustentado en la Antigüedad o del proclamado por el cristianismo, parte del principio de la existencia del hombre como objeto de toda preocupación y de todas las aspiraciones. El problema tan "claro" para los fascistas de si se puede ser bueno con el extranjero, no existió donde el patriotismo fue natural, donde no hubo un falso sentimentalismo. Únicamente cuando el patriotismo es suprimido y sustituido por el fascismo se llega a poner en tela de juicio el amor al género humano. Pues el fascismo no podía mirar indiferente el amor al prójimo; tenía que saldar cuentas con él, "demostrar" que ese amor no sólo es nocivo, sino además absurdo. Si no existe la verdad, siendo la sola aspiración a ella algo que merece condena, y si tampoco existe el bien, ya que todo alcanza su valor únicamente cuando se muestra fecundo para la nación o la raza, es evidente que el amor al hombre no pasa de ser una invención de gentes estúpidas y nocivas para la sociedad. Y hay que afirmar que quien penetre en la espesura dialéctica del fascismo no puede negarles un sentido lógico a esas lucubraciones ultrajantes a la dignidad humana. "El espíritu de la nación determinado por la raza es la medida de todos nuestros pensamientos, de nuestra voluntad y nuestros actos es la medida definitiva de nuestros valores" (Rosenberg). Ante esto se derrumban, en opinión del teórico del fascismo, tanto "el individualismo sin contenido racial y el universalismo romano ajeno a la naturaleza, como la *humanitas* de la francmasonería". Queda "demostrado" que las gentes humanitarias eran sencillamente unos idiotas y, como tales, actuaban de manera desintegrante. Marco Aurelio fue, según Rosenberg, un elemento "debilitado en sus valores". Actuaba él de manera "desintegrante", por cuanto abolió la esclavitud y propugnaba la emancipación de la mujer. Estas horribles "verdades" eran, por desgracia, frecuentemente "comprendidas" por los hombres; y ello, según la novísima teoría fascista de la comprensión. La humanidad fue entonces asesina-

da desde el punto de vista teórico; se vinieron finalmente todos los "prejuicios" intelectuales y morales que impedían al hombre caer en la bajeza. No está permitido ser bueno y manifiesto, pues la bondad es un "valor anémico" y "nocivo" para la raza, y quien afirme lo contrario denuncia con ello una falta de comprensión de los hechos más elementales, es decir, un imbécil. El hombre europeo tuvo que vérselas esta vez con una fuerza enemiga que extendía sus garras no sólo para batarle los frutos de su trabajo, sino también para impedir que los produzca. Pues esa fuerza no se satisfizo con arrancar los frutos como ocurrió tantas veces en la historia de Europa, cuando se destruyeron las obras de la cultura helénica, después romana, renacentista o del "siglo filosófico". Se empeñó en destruir las raíces mismas del árbol, queriendo hacer creer al europeo ofuscado por las paradojas que esas raíces —el amor desinteresado a la verdad y el amor a la humanidad— son puramente ilusorias, son un producto de la historia como cualquier otro valor y pueden, al igual que toda otra cosa, ser cambiadas por otras mejores. Ocurrió como queriendo hacer creer al europeo que sus raíces se hallan en otra parte, en algún retoño raquítico que es fruto degenerado del propio árbol. La nación, el bien social y todo aquello que había surgido del espíritu europeo se convirtió, en la forma dada por el fascismo, en una fuerza del oscurantismo.

El pensamiento nacional estuvo durante épocas enteras ligado estrechamente al amor a toda la humanidad. El concepto de nación lo forjó propiamente la Revolución Francesa, dándole un más bello sentido. El patriotismo fue en la tradición no sólo amor y vinculación a la tierra nativa, sino también orgullo por poseer grandes bienes reconocidos por toda la humanidad. El orgullo dio a Atenas la gloria de ser la *polis* más justa de la Hélade. Los romanos tenían orgullo de su imperio que trajo la cultura y la civilización a muchos pueblos. Orgullo tenía la Francia Revolucionaria de haber aportado al tesoro de la humanidad la obra de la Declaración de los Derechos del Hombre. Inglaterra sentía orgullo no sólo a causa de sus riquezas y poderío del imperio, sino también debido a que en ella nació la concepción moderna de la democracia y la tolerancia que levantó los pensamientos de la Ilustración inglesa, engendró la Constitución de los Estados Unidos, dio impulso a la Ilustración francesa comparada con la Gran Revolución. Orgullo han tenido los polacos de su Constitución de 1791 y de que en los momentos más trágicos de su historia, encontrándose bajo la opresión de tres águilas imperiales, supieron una y otra vez empuñar las armas para combatir "por vuestra libertad y la nuestra". Y orgullosos han sido los checos de Jan Huss y Comenio, quienes supieron imponer en el pueblo las ideas del humanismo checo que imponían al hombre la obligación de ser, ante todo, bueno y justo. El patriotismo de todos los pueblos europeos significó, pues, el anhelo de poseer valores considerados como tesoros de toda la humanidad.